COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 562. ¿En qué sentido es mariana la oración cristiana?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 562 del Compendio del Catecismo:

¿En qué sentido es mariana la oración cristiana?

En virtud de la singular cooperación de María con la acción del Espíritu Santo, la Iglesia ama rezar a María y orar con María, la orante perfecta, para alabar e invocar con Ella al Señor. Pues María, en efecto, nos muestra el camino que es su Hijo, el único Mediador.

¿Por qué la Iglesia, la Iglesia Católica, ama a María y recurre a Ella y, especialmente, lo hace también en el contexto de la oración? El catecismo da aquí una explicación muy concreta: por su singular cooperación con la acción del Espíritu Santo. María tiene una singular cooperación, porque Ella ha sido introducida en el misterio de la Trinidad desde su maternidad divina, con una relación con las personas divinas, con las personas trinitarias, que es singular.

Solemos decir de Ella: «Hija de Dios Padre». En eso, ciertamente, nosotros también compartimos esa misma condición de hijos de Dios Padre. Pero luego decimos de Ella, además de «Hija de Dios Padre», «Madre de Dios Hijo» y «Esposa de Dios Espíritu Santo». Entonces, Ella tiene una relación especial por la maternidad divina con las Personas, con el Verbo y con el Espíritu Santo. Bueno, pues el catecismo dice: en virtud de esa singular cooperación de María con la acción del Espíritu Santo, la Iglesia se introduce en la oración con María y a María.

Como veis, son dos los matices importantes: *oramos con Ella* y también *a Ella le dirigimos nuestra oración*. Las dos cosas están conjugadas. *Rezar con María* creo que lo entendemos, cuando descubrimos que Ella nos enseña a alabar al Señor: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador». Oramos con María alabando a Dios por la obra de la creación, por la obra de la redención. ¡Qué grande es Dios! Y Ella nos introduce a decirlo: «Mirad qué misericordia ha tenido Dios de mí». Y nosotros, *con María*, proclamamos esa misericordia que Dios ha tenido con Ella y, al descubrirlo en Ella, lo descubrimos también en nosotros y en toda la humanidad. Por lo tanto, *orar con Ella* es descubrirla como introductora de la oración. ¿Quién me enseñará a orar? Ora con María. Ella te enseñará a alabar a Dios por todas las obras que Dios ha hecho en Ella, en toda la historia de la salvación y en cada uno de nosotros. *Orar con Ella*.

Y también *orar a Ella*. Sí, porque Ella tiene esa relación personalísima, singular, con el Señor y entonces también nos dirigimos a Ella para que sea la introductora. Yo me suelo acordar de un pasaje, para que entendamos esto, de la Última Cena: por la gran

intimidad que tenía el discípulo amado, Juan, con el Señor, Pedro le dice: «Pregúntale al Señor, pregúntale tú quién es el que le va a traicionar». Es curioso que recurriesen a Juan, el discípulo amado, para introducirse en la intimidad con el Señor.

Algo así pasa, pero de una manera muy especial, muy singular, con María: nos dirigimos a Ella sabiendo que tiene una especial relación con su Hijo Jesús.

Sabemos que Jesucristo es el camino para llegar al Padre, e incluso según la Sagrada Escritura (las cartas paulinas así lo recogen), no hay otro mediador entre Dios y el hombre que Jesucristo. Él es el único mediador para llegar al Padre. No existe otro mediador. En ese sentido, María no es otra mediación paralela a la de Jesucristo. Afirmar tal cosa sería incorrecto, sería una mariología equivocada. Jesucristo es el único mediador entre Dios y el Padre.

Pero, fijémonos, es curioso que Jesucristo ha querido que nosotros participemos de esa mediación. Y así también María no tiene una mediación paralela a la de Jesucristo, sino que el Señor ha querido hacerle partícipe también a Ella de esa mediación, de una manera especial. Como, por ejemplo, observamos en ese episodio de las bodas de Caná de Galilea, donde Ella se muestra como introduciendo la hora de su Hijo: «Todavía no ha llegado mi hora...», «Haced lo que Él os diga». Pero, curiosamente, en el designio de Dios es Ella la que parece que introduce la hora de su Hijo, poniendo ante Él las necesidades del mundo.

Por lo tanto, la Virgen María no es un camino en el mismo sentido que decimos que Jesucristo es el Camino para llegar al Padre; no, lo decimos en un sentido distinto. Afirma la tradición de la Iglesia que Jesús es el Camino y María es como un signo clave, una señal del camino. Porque en el camino es también muy importante descubrir señales, signos que nos enseñen a caminar por esa senda que es Jesucristo. Ella es la que nos enseña; es un signo, una señal que dice: «Haced lo que Él os diga, id por el camino de mi Hijo, que la vía por la que llegaréis al Padre». Esa señal, ese signo que en Caná de Galilea Ella hizo, lo sigue haciendo en todos los tiempos.

Ella, que dio el sí en la Anunciación y mantuvo el sí en el monte Calvario, recibió de esa manera una gran encomienda: la encomienda de la maternidad hacia todos nosotros. María, Madre de la Iglesia, tiene esa encomienda de cuidarnos. Y, por ello, oramos, como os he dicho, de dos maneras: *oramos con Ella* porque es nuestra Madre y *oramos a Ella* para que también Ella nos enseñe cómo es el gran signo, esa gran señal; nos enseñe a caminar por ese camino de salvación que es Jesucristo nuestro Señor.